

PEQUEÑAS LETRAS GRANDES HISTORIAS

SECUNDARIA



COMITÉ EDITORIAL

Dinorah López de Gali

Presidenta del Patronato
del Sistema Estatal DIF

David Villanueva Lomeli

Auditor Superior del Estado de Puebla

Ignacio Alvizar Linares

Secretario de Educación Pública
del Estado de Puebla

Roberto Trauwitz Echeguren

Secretario de Cultura
y Turismo del Estado de Puebla

AUTORES

Mario Alberto Mejía
Melissa Celestino Hernández
Adelfo García Arriaga
Astrid Michelle Hernández Castro
Enrique Santiago Lyons Vázquez
Betsabeth Sánchez Rosas
Teresa González Téllez
Karen Danielle Paez Cruz
Joana Lisbeth Ramírez Natividad
Miriam Núñez García
Everardo Martínez Villegas
A. Andrey Rios Martínez
Osbaldo Sánchez Carrera

EDITORIAL

CIDCLI, S.C.

Elisa Castellanos

Coordinación editorial

Roxana Deneb y Diego Álvarez

Diseño y diagramación

Paola Aguirre

Cuidado de la edición

Primera edición, 2018

D.R. © Auditoría Superior del Estado de Puebla
5 sur 1105 col. Centro, Puebla, Puebla

D.R. © Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Puebla
13 Poniente 2904, col. La Paz, Puebla, Puebla

ISBN: 978-607-96863-7-6 (Obra completa)

ISBN: 978-607-98236-0-3 (Volumen III)

Arturo José Ancona García-López

Director General de la CONALITEG

Antonio Araige Rodríguez

Subdirector General de la CONALITEG

ILUSTRADORES

Cuauhtémoc Wetzka (portada, p. 47)
Isidro Esquivel (pp. 6, 12)
Pablo Zweig (p. 9)
Rosi Aragón (p. 17)
Maya Selene García (p. 20)
Jessica Silva (p. 22)
Adrián Pérez Acosta (p. 25)
Paulina Barraza (pp. 28-29)
Nora Millán (p. 31)
Mariana Alcántara (p. 35)
Verena Rodríguez (pp. 38-39)
Patricio Betteo (p. 43)

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA – PROHIBIDA SU VENTA

INTRODUCCIÓN

Convencidas del poder de la literatura como medio de transformación social a través de la promoción de los valores en la niñez y juventud poblanas, diversas instituciones públicas unimos esfuerzos para presentar el primer concurso estatal de cuento **Pequeñas letras, grandes historias**.

El Sistema Estatal DIF, el Gobierno del Estado, la Auditoría Superior del Estado, el Ayuntamiento de Puebla y la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos nos propusimos incentivar la creación literaria con el tema de los valores de la campaña “Donde hay un poblanco, hay compromiso”; así como promover los trabajos de niñas, niños y jóvenes escritores de nuestra entidad, a fin de generar espacios de participación para la comunidad escolar.

En esta primera edición recibimos un total de 655 cuentos, de los cuales 182 fueron escritos en lenguas indígenas.

Las categorías fueron las siguientes:

- Categoría A: 3° y 4° de primaria
- Categoría B: 5° y 6° de primaria
- Categoría C: secundaria

Entusiasmados por el talento, la creatividad y la visión que los pequeños y jóvenes plasmaron en sus textos, conformamos este libro con los cuentos finalistas, con el propósito de transmitir la importancia de los valores como pilares de una sociedad pacífica, honesta y justa; para difundir el talento de los escritores a manera de reconocimiento; y para incentivar la participación de más niños y adolescentes en el concurso. Por ello, esta edición consta de 150,000 ejemplares.

Deseamos que disfruten estos cuentos y que representen, en cada lector, una esperanza de hacer de Puebla un mejor estado, si continuamos trabajando con la niñez y la juventud en la formación de valores y fomentamos en ellos **Pequeñas letras, grandes historias**.

Continuemos sumando esfuerzos a favor del fortalecimiento de valores.
¡Participen!

LA NIÑA QUE SE VOLVIÓ UN ENORME ESCARABAJO

MARIO ALBERTO MEJÍA

El día en que Camila reprobó tres materias cambió su vida. Estaba por salir de la secundaria y eso rompía sus planes. Trazó un plan de acción: a sus papás les diría que había pasado todas y que el certificado se lo darían meses después. Según ella, nadie le impediría el acceso a la prepa. Otras amigas suyas habían hecho lo mismo sin ningún problema.

Camila, pues, entró a la prepa y se encontró con nuevas amistades. Atrás dejó a sus amigas de la secundaria. Empezó a juntarse con una bolita de niñas fresas, a hablar de otra manera y a ser igual de presumida que ellas. Una niña fresca muy extrovertida. No entraba a clases, fumaba todo el tiempo y los fines de semana se iba a los antros con sus nuevas amigas. Ahí se encontró una vez a dos de sus amigas de la secundaria. Fingió no verlas. Una vez no pudo evadirlas y platicó con ellas. Le preguntaron si todavía le gustaba leer ese tipo de novelas extrañas, y lo negó rotundamente. Ya nada tenían en común. Camila bebía y fumaba como persona grande, pero hablaba y se reía como una niña fresca. Los meses pasaron. En la prepa le dijeron que como no había entregado sus papeles estaba fuera. Imaginó una nueva mentira: una maestra muy mala había influido para que la corrieran. Sus papás sólo voltearon y dijeron: "Ay, Camila".

En unos cuantos días se las ingenió para entrar a otra prepa. Pasó lo mismo: se dedicó al desorden, no entraba a clases, iba a los antros de moda los fines de semana. Un día también la corrieron de la escuela. Ocurrió el mismo día en que los vecinos de su colonia la acusaron con sus papás de haber llegado a su calle con otros muchachos y muchachas completamente ebrios. El conductor se puso a gritar como loco y los vecinos protestaron. Ese día se vinieron abajo todas sus mentiras. Su mamá fue a las escuelas y se enteró de la verdad. Su padre enfure-

ció y le quitó el celular y los permisos. Camila se refugió entonces en su habitación. Los días pasaron. A escondidas, bajaba a comer y a tomar agua. Empezó a engordar. Pasaba el tiempo acostada en la cama. No salía para nada. No hablaba con nadie. El foco de su recámara se fundió y se quedó a oscuras. Su padre ordenó que un plomero le obstruyera el paso del agua. La señora de la limpieza recibió la orden de no hacerle el aseo. Camila se fumó el último cigarrillo y lo aplastó en el piso sucio. El cuarto empezó a oler muy feo. Camila dejó de peinarse. No se levantaba para nada, salvo para hacer del baño. Pero como no había agua la cosa se puso terrible: olía mal. Muy mal.

Un día, Camila despertó convertida en un enorme escarabajo, igual que Gregorio Samsa, el personaje de *La Metamorfosis* de Kafka —quizás el único libro que, extrañamente, Camila había leído con mucho interés—. Cuando se aburría, se ponía a caminar por las paredes y el techo. Se alimentaba de ácaros y pelusas. Nadie entraba a su cuarto. Por las noches, sólo se escuchaban sus patitas recorriendo la habitación oscura. Sus padres ya se habían olvidado de ella.

La noche de fin de año, la familia invitó a unos amigos a celebrar la nueva era. Brindaron, comieron y bailaron. Los hijos del matrimonio invitado se pusieron a jugar en la escalera. Poco a poco fueron subiendo hasta llegar al cuarto de Camila. De pronto, uno de los niños empujó al otro y la puerta se abrió. Un fuerte olor salió de la habitación oscura. Entraron. El enorme escarabajo subió por una pared. Los niños gritaron al verlo entre penumbras. Los adultos subieron. Uno de los adultos invitados le lanzó una manzana que se enterró en el caparazón. El padre de Camila comprendió que el escarabajo era su hija. En ese momento detuvo la insensata cacería. "¡Salgan todos!", ordenó. Camila sangraba en el piso. El hombre lloró y se tiró a la cama polvorienta. Quiso abrazar a su hija, pero ella se metió debajo de uno de los muebles dejando el rastro de la sangre al arrastrarse. La solidaridad estaba rota. Los mejores sentimientos se habían ido. El escarabajo herido era la prueba del fracaso familiar.

El padre convocó a su familia para hablar de Camila. Lo primero que hicieron fue solidarizarse con ella. Llamaron a un veterinario para que le quitara la manzana del caparazón. El hombre les dijo que

la fruta había llegado al tórax y empezaba a pudrirse. Mientras veían la intervención quirúrgica, el padre de Camila descubrió que su hija tenía seis patitas, unas antenas que se abrían como abanico —y detectaban olores— y unas alas duras llamadas élitros. También descubrió que el escarabajo lo veía con miedo desde sus enormes ojos. No era una mirada común. Era una mirada oscura, llena de sombras. Pero no había reproche alguno. Sólo miedo. Un inmenso miedo que helaba la sangre.

Tras limpiar a fondo la habitación, la familia de Camila se dedicó a cuidarla. La madre quiso darle leche, pero la rechazaba. Alguien se metió a Google y supo que los escarabajos comían hierbas. Fueron al jardín para alimentarla. Los días pasaron. Las semanas. Una noche, cuando todos dormían, la hermana de Camila escuchó ruidos extraños en la habitación. Ruidos como de zapatillas que iban de un lado a otro. Abrió la puerta, olió el perfume de Camila, y casi se cae cuando descubrió que el escarabajo se había ido para siempre. En su lugar estaba, floreciente, su asombrada hermana, quien corrió para meterse debajo de un mueble. No pudo hacerlo porque su tórax había cambiado y ya no tenía las patitas para correr rápido. La hermana abrazó a Camila y juntas lloraron hasta el amanecer. Cuando el sol salió, la familia entera se metió en un largo abrazo con Camila. Hablaron mucho. Lloraron mucho. Se prometieron también que esa pesadilla no se repetiría jamás.



TODOS SOMOS IGUALES

MELISSA CELESTINO HERNÁNDEZ

Edad: **13 años** Grado: **2°** Grupo: **A** Nombre de la escuela: **Telesecundaria**

“Miguel Servet” Municipio: **Ciudad Serdán**

Nombre del docente: **Levith Patricia Sagrero Rodríguez**



Había una vez, en un pueblo, un parque muy bonito para pasear. En cierta ocasión hubo un evento cultural y deportivo en el que todas las niñas y niños podían participar. Una maestra llevó a sus alumnos a este evento para que escogieran alguna actividad de la que quisieran formar parte. Lucy dijo que le gustaría participar en las luchas, así que cuando Miguel escuchó se enojó mucho y se acercó a ella para decirle que ese deporte sólo era para niños y que además las niñas no deberían de hacer ese tipo de cosas. En ese momento llegó la maestra y preguntó:

—¿Qué es lo que está pasando aquí?, ¿por qué hay tanta discusión?

Miguel le dijo lo que sucedía. La maestra pensaba igual que Miguel, se enojó con Lucy y le indicó:

—Todas tus compañeras decidieron participar en cocina, en danza y en peinados. ¿Por qué no te metes en algo que sea para niñas?

Lucy no entendía lo que pasaba, y recordó que en el evento podían participar niñas y niños en cualquier actividad. Se puso muy triste por lo que sucedió y empezó a llorar. Al darse cuenta, Miguel se burló de ella y le dijo:

—Eso sí es de niñas, porque los niños nunca lloran.

Al final del recorrido, la maestra reunió a todos los alumnos y les advirtió:

—Espero que sepan escoger bien en lo que quieren participar, no sea que se vayan a equivocar, como su compañera Lucy que quiere participar en un deporte que es únicamente para niños. Piénsenlo bien, porque mañana regresaremos y todos escogerán su actividad.

Lucy se fue a su casa muy triste. Cuando llegó, vio a su mamá, quien le preguntó qué era lo que le pasaba, porque se había dado cuenta de que estaba muy triste. Lucy pensó que su mamá también la regañaría por querer participar en una actividad que no era para niñas, pero también pensó que tal vez su mamá la podía entender y le diría algo que la ayudaría. Así que platicó con su mamá y le contó todo lo que su maestra y sus compañeros le habían dicho.

Su mamá le aconsejó:

—No te preocupes por eso, hijita, todos somos iguales, tanto hombres como mujeres. Tú puedes hacer lo que tú quieras. El hecho de que participes en luchas no cambia nada, tú sigues siendo una niña y tus compañeritos niños, así que todos pueden hacer la actividad que quieran. Además, acuérdate de que mañana hay una carrera y habrá niñas y niños, entre ellos Miguel. Demuestra que aun siendo niña puedes ganar esa carrera. No te preocupes ni estés triste porque eres muy buena en los deportes.

Lucy agradeció a su mamá por la plática y por los consejos que le dio y que le sirvieron mucho. Después se fue a su cuarto muy contenta porque sabía que su mamá siempre la apoyaría.

Al día siguiente, Lucy llegó a la escuela en donde ya estaban todos sus compañeros y su maestra y alistaron sus cosas para ir al evento.

Cuando llegaron los niños estaban formados para iniciar la carrera. Cuando llegó Lucy se formó para participar. Miguel empezó a reírse y a decirle nuevamente que ese deporte no era para niñas, que mejor se saliera para que no hiciera el ridículo. Lucy se molestó, pero no le hizo caso pues pensó que el hecho de participar en la carrera no cambiaba nada.

La carrera empezó, todos los corredores salieron con muchas ganas, Lucy iba adelante así que cruzó la meta en primer lugar. Miguel se cayó antes de llegar a la meta y empezó a llorar. Al verlo en el piso fue a ayudarlo y le dijo:

—Ya ves, Miguel, llorar está bien y no es algo que hagan solamente las niñas, también los niños pueden hacerlo y no es algo malo.

La maestra llegó adonde estaban los niños después de la carrera y preguntó sobre lo que había pasado. Lucy le dijo:

–Yo participé en el concurso de carreras con mis compañeros y no por eso me convertí en niño ni me pasó nada. Todos somos iguales y podemos participar en las actividades que más nos gusten.

La maestra le contestó:

–Tienes razón, Lucy, hay niños que practican danza o que cocinan y no por eso dejan de ser niños, felicidades por ser perseverante y por no dejar que te afectaran los comentarios.

Miguel y la maestra se disculparon con Lucy por las cosas que le habían dicho en aquella ocasión. Lucy aceptó las disculpas y todos se rieron contentos.



EL VERDADERO AMIGO

ADELFO GARCÍA ARRIAGA

Edad: **14 años** Grado: **3°** Grupo: **A**

Nombre de la escuela: **Telesecundaria "Ignacio Zaragoza"**

Municipio: **Zacapoaxtla** Nombre del docente: **Gabriel Ángel Rivera García**



Érase una vez, hace poco tiempo, en una casa que se encontraba a la orilla de la ciudad, un jovencito de nombre Beto que vivía con Rosita, su mamá, y Luis su papá, y cerca de ahí habitaba gente muy bondadosa: tíos, primos, amigos y otras amistades.

Beto era un chico muy feliz, pues era amigo de todos sus compañeros del colegio, también porque su mamá y su papá además de ser muy trabajadores eran más comprensivos que cualquier otra persona en el mundo.

Un día como cualquier otro, Beto fue al colegio. Más tarde y durante el entrenamiento de fútbol todo marchaba bien, cuando de pronto Beto cayó en el centro de la cancha. Su entrenador corrió a ver qué sucedía; cuando lo vio se dio cuenta de que el chico tenía una lesión grave en la cabeza, por lo que se pusieron de acuerdo y lo llevaron con el doctor Hernández.

Cuando Rosita y Luis llegaron al lugar donde se encontraba Beto, lo encontraron quejándose recostado en la cama. Le preguntaron qué le había sucedido, pero el chico parecía que estaba inconsciente, pues ya no les contestaba. Inmediatamente, su papá fue por unos ahorros que tenía en su alcancía y regresó con ellos al consultorio.

Después de que Beto había sido atendido, el doctor Hernández les dijo a sus papás que se aliviaría con tan sólo un tratamiento muy efectivo, aunque tal vez un poco difícil de comprender por el jovencito. Los papás dijeron que no importaba cuál fuese el tratamiento, pues lo que ellos buscaban era ver nuevamente feliz a su hijo.

El doctor, con una voz que parecía que tenía un nudo en la garganta, y rascándose la cabeza dijo:

—Beto tendrá que estar en la cama durante un mes y medio, como mínimo.

Entonces Rosita, interrumpiendo al doctor, afirmó que le tendría mucho cuidado a su hijo, además que desde su punto de vista no veía complicado aquel tratamiento.

El doctor puso la mano sobre el hombro de la señora y comentó que temía que no fuera a ser tan fácil, ya que Beto no podía tener contacto con otras personas o animales, pues afectaría su recuperación.

Rosita y Luis regresaron a casa con su hijo; empezaron a hablar con Beto, y cuando le dieron la mala noticia se puso muy triste, pero decidió obedecer las indicaciones que le dieron para poder curarse y pronto regresar al colegio.

Beto comenzó su tratamiento y día a día se deprimió más y más, pues no podía hablar con sus amigos, con su hermano o, por lo menos, jugar con su perro en el jardín. Así fueron pasando los días y él estaba triste y muy decaído, tan sólo miraba el cielo nublado desde la ventana de su cuarto.

Tiempo después, Beto sentía que ya no podía seguir viviendo de ese modo; minuto a minuto se debilitaba y no tenía fuerzas para hacer ninguna actividad, ni ánimo para aliviarse.

Cuando ya se le estaba acabando la esperanza de volver a sonreír, notó algo muy extraño en su habitación: veía a unos personajes graciosos y regularmente diferentes cada vez y se preguntaba si era una alucinación o probablemente ya se estaba volviendo loco. Pero luego se dio cuenta de que lo que veía era real, pues la última vez que vio a uno de los personajes era un cachorro masticando un hueso enorme, ese cachorro entró muy rápido a la habitación, le dio los buenos días y salió corriendo de nuevo, velozmente.

Ese día Beto quedó muy despistado por la experiencia que había vivido, y por más que trataba de comprender qué estaba pasando nunca logró explicarse aquel suceso.

De pronto, fijó la mirada en la ventana y vio un búho leyendo un periódico. Y mientras seguían apareciendo personajes graciosos por esa

ventana, casi se hace pipí de tanta risa que le estaban ocasionando. Había un gato tocando la guitarra, un dinosaurio saltando en una pelota y un burro con lentes de ancianita contando historias graciosas. En fin, esos personajes habían alegrado el frío corazón del jovencito. Beto, después de haber visto esas cosas, decidió no contarle porque pensó que lo considerarían como un enfermo mental.

Poco después de aquel día, Beto comenzó a recuperarse rápido y notablemente, y pudo regresar al colegio y volver a convivir con sus compañeros y maestros.

Finalmente, cuando platicaba con Joel, su mejor amigo, Beto miró unos vestuarios de colores llamativos dentro del maletín de Joel y decidió pedirle que le mostrara lo que había dentro y, aunque su amigo no quería decírselo tan pronto, Beto le insistió tanto que por fin pudo ver que ahí estaban todos los disfraces: el cachorro del hueso, el búho del periódico, el gato de la guitarra, el burro con lentes de ancianita y el dinosaurio saltarín. Los había utilizado Joel para disfrazarse y alegrarle sus días a Beto y que así se pudiera sentir mejor. Por tal razón, Beto siempre trató que todas las personas tuviesen una sonrisa en el rostro. **Fin.**



LA BELLEZA DE LA VERDAD

ASTRID MICHELLE HERNÁNDEZ CASTRO

Edad: **13 años** Grado: **2°** Grupo: **B**

Nombre de la escuela: **Escuela Secundaria Técnica No. 97**

Municipio: **Libres, Puebla** Nombre del docente: **Gerardo Manilla Aguilar**



Han pasado seis horas desde que llegué, y nada, sin amigos, y aún con algo de temor. Me encuentro en la cerca que está junto al salón de Álgebra. Está lloviendo y hay mucha niebla. Papá me habló sobre esto antes de mudarnos, sí, habló sobre el terrible clima. A mí me parece lindo. Comúnmente, los cambios de escuela no son tan duros, pero en mi caso, que parezco un cristal por delicada, sí.

La primera clase que he tenido fue Literatura; mi profesora se llama Natalia y tiene un carisma muy particular, aunque hizo que me levantara a presentarme al salón. Después hicimos actividades del libro, y al último dejó la tarea: teníamos que escribir algún temor que tuviéramos, o trauma. En realidad me pareció rara esa tarea, no tenía nada que ver con la clase, me pregunto a dónde querrá llegar. Antes de que saliéramos al recreo, ella me habló; preguntó por mi primer día, le respondí que no tenía nada extraño (a excepción de la tarea) porque así era. Ahora no estoy muy segura de qué hacer, no sé si revelarle mis verdaderos traumas y temores a la profesora. Me pregunto si me conocerá y habrá pedido la tarea a propósito. Vaya, nunca me había sentido tan sola. Mis padres se separaron en el verano por el fallecimiento de mi hermano Tomás. Mi madre fue la que decidió irse y al irse se llevó mi alegría.

Llevaba los audífonos puestos e iba cruzando el pasillo de los casilleros, junto al mío estaban dos chicas, las había visto a lo lejos en mi primera clase. Al abrir mi casillero, una de ellas extendió su mano y dijo:

—Hola, Sam. Mi nombre es Sky y ella es Sarahí.

—Mucho gusto, chicas —respondí con una sonrisa del lado, e insistieron en que saliendo de la escuela nos fuéramos juntas. Como no tenía

ningún inconveniente, accedí. Todo el camino comentaban sobre las clases y lo que escribirían en la tarea que dejó la profesora Naty.

—Sam, ¿qué vas a escribir? —preguntó Sara.

—No lo sé, no estoy muy segura.

—Nosotras te recomendamos que seas lo más honesta posible.

En eso apareció un chico y ellas quisieron quedarse a hablar con él, así que me despedí y caminé hacia casa.

Cuando llegué, abrí la puerta y colgué las llaves. No había nadie así que puse música, fui al sofá y saqué mis cosas para hacer mi tarea. Bueno, esto fue lo que escribí:

Profesora Nataly, le pido de todo corazón jamás revelar esto, es muy personal, soy una persona con demasiado temor. En realidad, mi mayor temor es perder a mi familia, y es justo lo que ha ocurrido. Siento demasiado la ausencia de mi hermano y madre; mi padre trabaja diario de 9:00 am a 11:00 pm, en realidad no tiene mucho tiempo para mí. Pero a pesar de eso sé separar los problemas de casa con los de la escuela y prometo no fallarle a usted ni a ningún otro maestro.

Eso es todo, espero ser aprobada. Después me di tiempo para leer uno de los libros que me regala mi papá. Justo cuando iba a iniciar, alguien tocó la puerta, era mi papá.

—Hola, hija mía. Hoy salí temprano.

—Genial, papá, ¿vemos una película?

—Claro.

La película terminó a las 10:30, pero nos quedamos dormidos. Mi papá apagó la tele y se fue a su habitación.

—Buenos días, hija.

—Hola, papá, ¿ya has preparado el desayuno?

—Por supuesto.

Eran *hot cakes*, los comí apresuradamente y salí para tomar el autobús escolar. Estuve viendo muchas cosas y lugares por la ventana. Al llegar a mi destino bajé, al igual que todos los que estaban en su escuela. En el camino me encontré a Sky, le pregunté por qué era tan importante que fuera honesta con la profesora, y ella se negó a decir-

melo. Tiempo después llegamos al salón, luego de comprar una bolsa de papas.

—Buenos días, jóvenes.

—Buenos días.

—Pásenme su tarea, por favor.

Me quedé en mi lugar sentada, no sabía si entregarla o no, pero finalmente la profesora notó que no me levantaba y me preguntó:

—Sam, ¿hiciste la tarea?

Inmediatamente argumenté que había olvidado la libreta. Sky volteó a mirarme de una forma extraña. Al terminar la clase, Sky me dijo que la profesora quería hablar conmigo a la salida, a lo cual me vi obligada a acceder. Terminó mi última clase y me dirigí hacia su salón, estaba acomodando sus cosas. Supongo que logró notar mi presencia, pues levantó su cabeza y me vio.

—Oh, hola, Sam. Pasa, ponte cómoda.

—Gracias. ¿Sobre qué quiere hablar? —pregunté, nerviosa.

—Nada malo, sólo noté que no me entregaste la tarea, y sé perfectamente que la hiciste y traes la libreta.

—¿Ah, sí? —me puse pálida—. ¿Cómo lo sabe?

—Mira, Sam, aparte de ser maestra de Literatura, soy psicóloga; pedí esa tarea especialmente por ti.

Me vi forzada a entregarle mi libreta; la leyó cuidadosamente y al terminar contestó.

—Oye, hija, no estás sola, aquí estoy contigo para hablar de tu interior y eliminar la frustración. Yo estoy contigo, Sam, y gracias por comprometerte conmigo y todos los maestros. Te felicito.

—Gracias, y discúlpeme, me siento muy apenada con usted por haberle mentado. Normalmente, no acostumbro mentir demasiado.

—No hay problema, pero necesito que hagas algo.

—Dígame. Haré lo que sea.

—Sé que te gusta leer. Te propongo que me escribas un poema. Mmm, ¿de qué sería?, ¿la honestidad?

Por un momento permanecí callada, pero al final accedí. Salí de su salón y me dirigí a mi casa rápidamente. Puse mi música favorita y leí un poco hasta que conseguí tener una idea. Una vez que terminé el

poema, lo guardé en mi mochila y me fui a mi habitación. Le marqué a Sky y le comenté lo ocurrido. Ella me felicitó, no sé por qué lo hizo.

Tiempo después llegó papá, preparó hamburguesas y cenamos. Después fuimos a dormir.

Ya es de día y estoy lista para entregarle mi segunda tarea a la profesora Natalia. Desayuné, y esta vez me fui caminando. Era un hermoso día como para irme aburrida en el transporte.

Por fin llegué, saqué mi libreta y se la entregué a la profesora. Instantáneamente me retiré, pero ella me llamó.

—Sam, espera, ven.

—¿Ocurre algo, profesora?

—Quiero que nos compartas a todos tu poema.

—¿Qué? ¿A todos? Pero, ¿y si se burlan de mí?, ¿y si lo hice mal?

—Sam, confío en ti.

Cuando me dijo eso sentí un gran alivio, y de pronto mi temor e inseguridad desaparecieron.

—Bueno, aquí voy...

La verdad es belleza y la belleza verdad

Procura, pequeña niña,
tu corazón inocente mantener
limpiando tus palabras,
sin falsedades permanecer.
Cada día que pase
habla con claridad,
aprecia la belleza
que tiene la verdad.
No juegues con las mentiras,
te pueden traicionar.
Sabes, tus pensamientos, limpios no están
aún tu conciencia no ha parado de gritar,
no lo puedes ocultar,
la mirada te delata,
mejor comienza a razonar:
acepta la verdad, y verás cómo de belleza
te comienzas a llenar.

—Y bien, ¿qué aprendiste? —preguntó la profesora.

—Aprendí a ser honesta, ante todo, a contarle a alguien mayor mis problemas, a superar mis temores y, sobre todo, a controlar mis emociones.

Permanecieron en silencio un segundo y comenzaron una infinidad de aplausos. Finalmente accedí a responder:

—Gracias.



EL GRAN SAUCE

ENRIQUE SANTIAGO LYIONS VÁZQUEZ

Edad: **14 años** Grado: **3°** Grupo: **A** Nombre de la escuela: **Secundaria Anexa a la normal oficial "Lic. Benito Juárez"** Municipio: **Zacatlán**

Hace mucho tiempo, en un pequeño pueblo de Francia, habitaba un señor ermitaño que tenía varios conocimientos de herbolaria; su nombre era William y era muy querido en el pueblo, ya que curaba hasta la enfermedad más grave utilizando sólo plantas y recursos naturales. Su secreto era un gran sauce que crecía en la parte céntrica del pueblo, cerca de una magnífica fuente que llevaba construida ahí por años, la cual regaba al gran sauce. El señor aseguraba que contenía una savia "mágica" capaz de curar cualquier enfermedad, pero la única verdad era que poseía muchas propiedades curativas y era rica en nutrimentos y minerales.

Un mes después de que curara a la última persona que acudió a su cabaña, William salió al pueblo y descubrió que los pueblerinos ya no iban con él cuando enfermaban; en cambio, visitaban a un misterioso nuevo habitante que, por medio de mezclas y componentes artificiales, creaba medicamentos y los vendía a los pueblerinos. Este nuevo habitante se llamaba George y su laboratorio se encontraba en el castillo del rey, por lo que los pueblerinos tenían que subir una alta colina para llegar a él, lo cual agravaba su enfermedad. William, muy inconforme con las prácticas del nuevo habitante, acudió al rey al día siguiente, a primera hora de la mañana. El rey se portó indiferente e ignoró las quejas de William, quien se fue iracundo y regresó a su cabaña.

Una semana después, William fue a visitar al gran sauce mágico, pero lo que encontró al momento de llegar al centro del pueblo sólo aumentó su enojo hacia el rey: había unas máquinas talando y extrayendo el gran sauce desde la raíz y destruyendo la magnífica fuente.

El operador de la máquina principal era el rey. William sabía cómo podría reaccionar el rey si hablaba con él, y se sintió derrotado y se marchó rendido, no sin antes escabullirse hacia el tronco del árbol y sacar un poco de savia sin que alguien se diera cuenta.

Pero cuando William comenzó a alejarse, George lo observó y se le acercó amablemente; intentó disculparse y explicarle que no era su intención quitarle el empleo, pero que el rey decía que era necesario un cambio, ya que la herbolaria no siempre funcionaba y, en ocasiones, era muy poco útil. William ocultó su enojo y rencor para no causar una mala impresión, y George continuó hablando. Cuando se les acercó el rey, le notificó a William que construirían un nuevo consultorio en el pueblo para que George curara más fácilmente a los enfermos, pues ya no necesitarían subir la alta colina para llegar al castillo, por eso habían talado el gran sauce y destruido la fuente. William, sin saber qué responder, sólo se despidió y se regresó a su cabaña.

Más tarde, ese mismo día, la hija del rey, una hermosa doncella llamada Astrid, enfermó gravemente, por lo cual George la examinó y en su laboratorio comenzó a mezclar varios componentes, buscando una cura para esta grave enfermedad que aún era un misterio para la medicina. Después de algunos días experimentando y estudiando el caso, al ver que la salud de Astrid no mejoraba, el rey tuvo que utilizar su último recurso: ir a visitar a William e implorarle su auxilio.

El rey bajó a toda prisa de su castillo hacia el pueblo, en dirección a la rústica cabaña de William, quien los recibió sin mucho ánimo, pero cuando el rey le explicó la situación, William recordó que, en una ocasión había charlado con la doncella Astrid mientras extraía la savia del sauce, y se había comportado muy amable e interesada por los conocimientos de herbolaria de William. Así que William buscó lo último de savia que había extraído unos días antes, y con una cuchara pequeña vertió unas cuantas gotas en la boca de Astrid, quien después de algunos minutos recobró el conocimiento. William le dio un té de hierbas con savia para que se curara.

El rey regresó a su castillo con Astrid, y al día siguiente fue de nuevo a la cabaña, para agradecerle a William por sus servicios y a disculparse por la actitud de antes. William lo recibió cordialmente y aceptó

sus disculpas, y el rey a manera de pago, le obsequió un frasco con algunas semillas, las cuales eran del mismo sauce que se encontraba antes en el centro del pueblo, pues resulta que ese sauce era de la familia del rey y la fuente era un monumento para honrar a sus antepasados. Ese frasco había estado en su familia por generaciones, ya que su bisabuelo también utilizaba esa savia para curar todas las enfermedades de su familia. William aceptó las semillas y, con ayuda de algunos pueblerinos, George plantó su propio bosque a las afueras de la ciudad, para que dentro de algunos años los habitantes pudieran disfrutar de las propiedades curativas del sauce. George aprendió mucho de William e incluyó la savia como un ingrediente esencial para sus medicamentos. El rey nunca volvió a dudar de la herbolaria como una medicina natural.



BUSCANDO A UN AMIGO

BETSABETH SÁNCHEZ ROSAS

Edad: **13 años** Grado: **2°** Grupo: **A**

Nombre de la escuela: **Telesecundaria "Miguel Servet"** Municipio: **Ciudad Serdán** Nombre del docente: **Levith Patricia Sagrero Rodríguez**

Había una vez una niña llamada Lucero. Era una niña respetuosa y alegre, también muy dedicada al estudio, tal vez por eso no tenía amigos. Sin embargo, esta situación a ella no le importaba porque nunca le había interesado lo que los demás dijeran. Aunque siempre se sentía muy sola cuando llegaba de la escuela, porque sus padres no estaban, pues tenían que trabajar para poder pagar los gastos de la escuela y ella no sabía lo que pasaba.

Un día, Lucero tenía que ir a la escuela, pero no tenía muchas ganas de ir, al contarle a su mamá, que se llamaba Amanda, ella le dijo:

—¡Tienes que ir a la escuela! ¡No te podemos cuidar porque tenemos que ir a trabajar!

Así que Lucero se levantó y se alistó para ir a la escuela. Durante el recorrido que tenía que hacer para llegar, miraba a través de la ventana y veía jugar a los niños. Siempre que pasaba por el parque le daba mucha tristeza porque deseaba tener un amigo con quien platicar.

Al llegar a la escuela, hizo algo nuevo, intentó hacer amigos, pero todos los niños y niñas se alejaban y no querían hablar ni jugar con ella.

Al salir de clases, cuando llegaron sus padres para recogerla e ir a dejarla con su abuelita, ella les preguntó:

—¿Por qué me van a llevar con mi abuelita?

—Tenemos que hacer un viaje de trabajo al extranjero, así que no te vamos a poder cuidar nosotros mismos —le respondieron.

Cuando llegó a la casa de su abuela ya estaban sus cosas ordenadas en un cuarto. Lucero entró y saludó a su abuelita, para después ir a encerrarse en su cuarto, pues no quería saber nada de sus padres.



Después de llorar un rato, se quedó dormida, y cuando despertó fue a buscar a su abuelita, quien también estaba dormida en su propio cuarto. Entonces Lucero aprovechó la oportunidad para salir al patio. Ahí se sentó en una silla que estaba junto al árbol y pensó que si no tenía ningún amigo o amiga, podría ser amiga de ese árbol.

Pasaron varias semanas, y Lucero platicaba y platicaba con el árbol, le gustaba contarle muchas cosas, sobre todo de lo que le pasaba en su escuela. Un día, cuando llegó con el árbol, descubrió que todo el tiempo este árbol la había escuchado, y que realmente podía entenderla y comunicarse con él. Así que el árbol le dijo:

—Mañana, a las once de la mañana debes ir al patio de tu escuela, porque hay una sorpresa para ti.

El árbol tenía que irse, por eso le estaba dejando un regalo, porque se estaba despidiendo de ella. Era la temporada de otoño y Lucero vio que habían cortado su árbol, pero después supo que lo iban a plantar en otro lado, por esa razón a la mañana siguiente decidió ir al patio de la escuela. Ahí se encontró con una niña a quien le preguntó qué hacía en ese lugar, además le dijo que le gustaría mucho que fueran amigas, porque no tenía ningún amigo en la escuela. La niña le contestó que también le encantaría que fueran amigas porque ella tampoco tenía amigos. Lucero le preguntó su nombre, y esa niña se llamaba Rosita.

Pasaron semanas y las niñas estaban contentas de ser amigas. Un día, cuando platicaban, descubrieron que las dos habían conocido a un árbol parlante, y que fue gracias a ese árbol que las dos se conocieron.

Pasó todo un año, se convirtieron en las mejores amigas y aprendieron que podían hablar con las personas a las que les tuvieran más cariño y confianza. También aprendieron que los verdaderos amigos son incondicionales y que deberían estar en los momentos más felices y en los más tristes también. Cuando se presentaba algún problema entre ellas, siempre había formas de resolverlo sin hacerse daño una a la otra, porque los lazos más fuertes que hay en una amistad son el respeto, la confianza, la tolerancia y la convivencia, los cuales siempre iban a estar presentes en su vida y nunca iban a romper la amistad entre esas amigas que se dan la mano y siempre están juntas.

MELISA

TERESA GONZÁLEZ TÉLLEZ

Edad: **12 años** Grado: **2°** Grupo: **A** Nombre de la escuela: **Escuela Secundaria General "María Amador Avelar"** Municipio: **Huachinango, Ahuazotepec** Nombre del docente: **Alma Maldonado Islas**

Era una hermosa tarde de verano, el sol empezaba a ocultarse. Melisa sabía que sus padres no llegarían, como de costumbre: el padre estaba de viaje de negocios y su madre... era una exitosa abogada. Melisa esperó a que cayera la noche y, al saberse sola, contactó a sus amigos y, una vez más, salieron como tantas otras a una noche de locuras y excesos.

Melisa se sentía el centro de atención, pues sus amigos llenaban el vacío de sus padres. Cuando disfrutaban de una noche de locura, el tiempo transcurría. Los chicos abandonaban toda responsabilidad en un ambiente de desenfreno. Una de estas ocasiones, la sorprendió un tenue sonido; se percató de que eran sus padres al teléfono, lo revisó y se sorprendió al ver que eran muchos mensajes comunicándole que se dirigían a su hogar.

Melisa se sintió confundida y un tanto emocionada, y rápidamente le dijo a sus amigos que sus padres iban hacia su casa. Ella, llena de emoción, condujo de manera muy precipitada su auto y a escasos kilómetros de su hogar, a muy alta velocidad.

De pronto, se derraparon las llantas y los frenos fallaron. El automóvil sufrió una terrible volcadura y cayó al fondo de un acantilado. Al instante, Melisa perdió el control y en ese momento todo se volvió silencio y paz. A los pocos minutos, ruidos y luces invadieron el lugar, los paramédicos y distintas autoridades tomaron el mando de aquel terrible suceso.

En un distinguido hospital se encontraba el cuerpo frágil de Melisa, que se debatía entre la vida y la muerte, pues estaba en un terrible estado de coma.

Pasó un año y Melisa aún estaba en aquella situación. Sus padres se despojaron de todo lo que tenían, ya habían agotado todos sus recursos en Melisa y no se notaba ninguna mejoría.

Después de que el tiempo transcurrió, una maravillosa noticia sucedió: Melisa empezó a despertar y a recuperar el conocimiento. Unas lágrimas cayeron por su mejilla mientras llamaba a sus padres. Los padres de Melisa, entre lágrimas y alegría, la miraron y la abrazaron.

A los pocos meses, ella se recuperó por completo y al llegar a casa, cuál fue su sorpresa: era la antigua casa de su abuela, una casita muy sencilla. Una vez dentro, sus padres le explicaron que su fortuna se había acabado, porque toda la habían utilizado en su recuperación. Ella, llena de agradecimiento y amor hacia ellos, juró ser una hija ejemplar y promover el respeto.

Cierto día de camino al colegio, encontró a sus amigos de aquella noche terrible. Ella, con una gran emoción, corrió a su encuentro, pero su sorpresa fue devastadora ya que sus amigos la pasaron de largo burlándose de ella, porque su riqueza ya no era la de antes.

En ese momento aprendió que jamás una vana amistad podrá suplantar el amor y la lealtad de sus padres.



MI ÁNGEL

KAREN DANIELLE PAEZ CRUZ

Edad: **14 años** Grado: **3°** Grupo: **A** Nombre de la escuela: **Escuela Secundaria General Particular "John F. Kennedy"** Municipio: **Tehuacán**
Nombre del docente: **Rosalba Sánchez Vázquez**

No sé dónde estoy, creo que me dormí porque aquí hay mucho silencio. Sólo veo gente correr y mover los brazos, sin ton ni son, me está dando miedo, quiero despertar pero no puedo. Mi último recuerdo es que estaba enojada con mis padres porque no me dieron permiso de salir el día anterior y me salí furiosa de casa sin despedirme. Llegué a la escuela y me enojé más, pues me senté junto a Karla, mi compañera que no me caía nada bien, porque sentía que hacía feliz a todo el mundo con su buen humor, y sonriendo me decía:

—El día es muy hermoso y esta clase está muy buena. ¡Estoy feliz!

Karla sólo reía y estaba feliz porque tendríamos clase de Historia con el maestro David.

—¿Feliz por una clase? ¡Por Dios! Por eso no se puede estar feliz —le dije. Ella sólo sonrió.

—Ya deja tu mal genio fuera de la clase, es muy divertida.

Yo sólo le hice una mueca. El profe David comenzó a dar su clase. El tema era don Porfirio, el hombre bueno y el hombre malo que, por cierto, yo no sabía que dentro de lo terrible de su historia había hecho cosas buenas. Karla tenía razón, la clase era muy entretenida, pero yo seguí en mi papel de enojada.

Pero... ¿por qué sólo recuerdo eso? Sí, creo que estoy durmiendo... pero ahora comienzo a escuchar gritos.

—¡Ayúdenme!

Sí, alguien está pidiendo ayuda.

—Ya voy. ¿Dónde estás?

—Aquí abajo, ayúdenme.

Es Karla. Sí, es Karla.

—¿Dónde estás? —grité—. Sigue hablándome, ya voy por ti.

Vi gente corriendo a mi alrededor con pánico. De repente entendí, estaba en *shock*, porque Karla estaba bajo los escombros.

—¡Ayúdame!

—Sí, ya estoy aquí, no te preocupes.

Quitó las piedras que pude, pero Karla seguía atorada, y junto con ella comencé a pedir auxilio, pero nadie respondía. Le comenté que iría por ayuda, pero ella me dijo que por lo que más quisiera no la dejara sola. Entendí su miedo y le dije que me quedaría con ella, que no se preocupara.

El silencio nos cubrió. Ella temblaba de frío, pero me dijo:

—¿Sabes? ¡Estoy feliz!

—¡Feliz! ¿Por qué? —le dije—. ¡Estamos atrapadas!, ¿qué no ves? —ella sonrió y me dijo:

—Estoy feliz porque tú estás a mi lado.

—¿No te gustaría que una de tus mejores amigas estuviera a tu lado?

—No, tú eres mi ángel de la guarda. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Nunca pensé que el ángel de mi guarda fueras tú.

—Tranquila, todavía no te salvo.

—No importa, estás conmigo y eso es lo que más importa.

Karla tenía un aspecto tranquilo, sereno, parecía que no sabía que un temblor nos había sepultado. Pasaron muchas horas y nadie nos contestaba. Karla se puso mal y lo primero que pensé fue que ella podría morir, y sin más le pregunté qué le gustaría decirle a sus padres si no pudiera salir. Ella me contestó:

—Nada, todo lo que tenía que decirles ya se los dije.

—¿Todo?

—Sí, ya les dije todo.

—¿Segura?

—Más que segura.

Se quedó un momento en silencio y mirándome a los ojos me dijo:

—¿Y tú?, ¿qué les dirías a tus padres si tuvieras oportunidad?

Yo, con optimismo y para tranquilizarla, le respondí que les pediría perdón por todo, que los amo, y que siempre, pero siempre, los querré.

—¿Eso les dirías?

—Sí, eso les diría.

—Oh, me acordaré de eso, no se me olvidará, te lo prometo.

—No te preocupes, yo se los diré.

Ella me miró extrañada y se quedó en silencio. Un ruido enorme la interrumpió, era todo un ejército de personas que levantaron la loza que tenía atrapada a Karla. Grité:

—¡Estamos salvadas!

Lloré de alegría, no lo podía creer, fue algo mágico, un pueblo solidario nos rescató; gente que no conocíamos nos tendía la mano.

Karla me miró extrañada, su cara se descompuso y pronunció estas palabras:

—¿Aún no lo sabes?

—¿Saber qué?



—Que eres el ángel más bueno del cielo, que gracias a que me mantuviste despierta estoy viva; que tú siempre fuiste mi esperanza, y que Dios te mandó para darme fuerza y seguir con vida, aunque ya no estés aquí.

Sólo pude sonreír un poco, no entendía lo que había dicho. La vi alejarse y, angustiada, esperé a que ahora vinieran por mí. Y grité, pero nadie me escuchaba. En ese momento me di cuenta de lo que Karla trataba de decirme: yo era el ángel de su guarda y el amor a mis semejantes me había hecho regresar por ella, en alma, para cuidarla, y que ella pudiera seguir repartiendo felicidad a todo aquel que se cruzara en su camino.

Ahora yo tengo una misión, ser un ángel que ayuda a aquel que se ve en los peores desastres, ¿y saben qué? Soy muy feliz de poder cuidarlos.



DOS AMIGOS

JOANA LISBETH RAMÍREZ NATIVIDAD

Edad: **14 años** Grado: **3°** Grupo: **C**

Nombre de la escuela: **Telesecundaria “Emiliano Zapata”**

Municipio: **Chapulco** Nombre del docente: **Arely Flores Sierra**

Había una vez dos niños que eran muy buenos amigos: José era un niño pobre y Javier un niño rico, pero eso no impedía su amistad. A ellos les gustaba jugar fútbol, así que todos los días se reunían en el parque a las seis de la tarde. Hasta que un día Javier ya no llegó, pues su padre había encontrado un trabajo en la ciudad y se mudaron. José se quedó muy triste ante la noticia, pero aun así todas las tardes acudía al parque a esperar a su buen amigo.

Pasaron los años y crecieron por mundos diferentes. José era un hombre sencillo, amable, respetuoso y un gran maestro de su pueblo; y Javier era un hombre sin aspiraciones, prejuicioso y con unos padres que lo único que le pudieron dar fue dinero.

Un día, Javier tuvo que regresar, ya que el trabajo de su padre había concluido. Al enterarse, José fue a su encuentro, pues su gran amigo había regresado. Pero cuál fue su sorpresa que aquel niño tierno, amable, ya no era el mismo, pues Javier ni el saludo le dio, se pasó de largo haciendo menos a José. Y ambos se fueron a sus casas.

Después de unas horas todo cambió, pues un terremoto sacudió aquel lugar. La casa de José sufrió daños menores, pero la de Javier había colapsado. Al enterarse, José corrió a ayudarlo. Cuando llegó vio a su amigo mal herido entre los escombros, y entró a aquella casa para sacarlo; quitó algunos escombros de encima y lo estaba sacando cuando de repente el derrumbe continuó. Él lo aventó para salvarlo y José quedó atrapado.

Javier, al ver lo que había hecho José por él, recordó a aquellos niños que fueron amigos hacía muchos años, cuando no había diferencias.

Entonces lloró y pidió ayuda. Los vecinos, al escuchar, corrieron a ayudarlos pues su querido maestro estaba atrapado. Entre todos pudieron sacarlo muy mal herido pero vivo.

Al día siguiente, José despertó en el hospital y lo primero que vio fue a Javier muy triste a su lado pidiendo por su salud. Lo vio y le dijo:

—Hola, Javier.

—Hola, amigo, perdóname por haberme comportado así —dijo Javier.

José lo perdonó e hicieron las paces. Javier comprendió que entre los seres humanos no hay ninguna diferencia; que es muy importante la solidaridad; que siempre hay que ser generosos y honestos con nuestros semejantes y respetar a todos, aunque algunos tengan más dinero y otros no.

José recuperó a su amigo y entre todos volvieron a levantar aquel pueblo tan querido. Y todos vivieron felices por siempre.



AMOR DE MADRE

MIRIAM NÚÑEZ GARCÍA

Edad: **14 años** Grado: **3°** Grupo: **A** Nombre de la escuela: **Telesecundaria Federal "Narciso Mendoza"** Municipio: **Francisco Z. Mena**
Nombre del docente: **Baldomero Cruz Escudero**

Había una vez, en un pueblo muy lejano y pequeño llamado San José, unos manantiales muy hermosos; mucha gente del pueblo tomaba agua de ahí. También contaba con una naturaleza abundante y una vegetación muy buena. El pueblo tenía paz y tranquilidad. Ahí vivía una madre soltera llamada María, una señora a la que le gustaba mucho convivir, platicar, limpiar su casa y estar con su hijo José, a quien le gustaba jugar y era inconforme con la vida.

Como en ese pueblo no había una escuela a la que José pudiera asistir, decidieron irse y se mudaron a la Ciudad de México.

Pasaron muchos días y la mamá de José buscaba dónde trabajar. En una tarde de suerte, caminó por una calle donde vio que en una casa buscaban a alguien para que hiciera el aseo, y vio a un señor ahí parado, le preguntó sobre el trabajo, platicó con el dueño de la casa y consiguió el empleo añorado. En ese hogar vivía solo el señor Diego, quien era director de un colegio que se llamaba "Benito Juárez". A su nuevo patrón le gustaba mucho leer y salir a caminar, era muy alegre y le agradaba tener siempre la casa limpia.

José le había pedido a su mamá que lo mandara a un colegio, y cuando se enteró de que Diego, el patrón de María, era director de uno se lo exigió aún más. Ella le dijo que no podía porque no contaba con el recurso necesario. José le gritó que odiaba ser pobre y que no le agradaba que su madre fuera tuerta y se fue muy molesto. María, la mamá de José, se puso muy triste. El señor Diego escuchó su discusión y le preguntó a María que por qué estaba enojado José. Ella le platicó su situación, le dijo que quería darle lo mejor y todo lo que él deseaba, pero

lamentablemente no podía. Después de escucharla, el señor Diego le ofreció un trabajo en el colegio; le platicó que estaban buscando a alguien que hiciera el aseo. Le dijo que ella podía ser intendente. María se quedó pensando, pero no por mucho tiempo, porque escuchó que el señor Diego le decía que él pagaría los estudios de José en esa institución y que aparte le pagaría a ella por su servicio doméstico. Como ella quería lo mejor para José, aceptó y le agradeció al señor, le dijo que era una persona muy buena y se puso muy feliz.

El primer día que se presentó María a trabajar y José a estudiar en la escuela todo parecía ir bien; se sorprendieron mucho por la institución que estaba muy grande, tenía grandes pasillos y había muchos alumnos.

Todo iba bien hasta que los alumnos empezaron a molestar a José burlándose de él porque su mamá era la que limpiaba y porque era tuerta. A diario, José le reclamaba a su madre y le decía que la odiaba porque él no podía ser como los demás niños que tenían suficientes recursos económicos para comprarse todo lo que ellos quisieran en la hora del recreo y para tener un celular como todos los demás que jugaban y se comunicaban con otras personas.

Pasaron los días y sólo eran reclamos y discusiones. María se ponía muy triste y trataba de explicarle a José que si ella pudiera le daría todo lo que él quería. También le dijo que si le echaba ganas él podría salir de los problemas económicos que padecían, pero José no comprendía. Con el tiempo y con todo el esfuerzo de María, y gracias al señor Diego, sacaron a José adelante: José se graduó como arquitecto. Fue entonces cuando su madre regresó al pueblo feliz y satisfecha porque había logrado su objetivo.

Mientras tanto, José seguía su vida en la Ciudad de México, se casó, tuvo hijos y era muy feliz, pero jamás se acordó de su madre ni la fue a visitar y nunca le platicó su historia a su esposa Karla.

Un día, en uno de sus proyectos, le tocó construir una escuela en el pueblo San José, que era donde él vivía antes. Cuando llegó allá vio que la construcción estaba cerca de su casa. Cuando se acercó vio un moño negro colgado en la puerta de la vivienda y, en ese momento, llegó un señor llamado Matías, que era amigo de su mamá, y le preguntó:

—¿Usted es José, el hijo de María?

José lo miró y le respondió:

—Sí.

El señor le dijo que su madre había estado mucho tiempo enferma y que preguntaba si su hijo había vuelto; que jamás perdió la esperanza de que algún día él volvería. Lamentablemente lo había hecho demasiado tarde. Por último, le comentó que ella había muerto y que había dejado una carta por si algún día él regresaba. Lo que la carta decía era:

Querido hijo:

Disculpa que no te di todo lo que deseabas, yo procuré que tuvieras todo lo que estuvo a mi alcance. También quiero que agradezcas al señor Diego si un día lo vuelves a ver. Yo sólo quería lo mejor para ti, y te felicito por llegar muy lejos. Hice lo que pude porque te amo, y sólo he querido lo mejor para ti.

Quiero decirte que me iré feliz porque pudiste ser un arquitecto reconocido. Si estoy tuerta es porque cuando eras pequeño tuviste un accidente y yo doné uno de mis ojos, porque te amo mucho.

Fue ahí cuando las lágrimas se le empezaron a salir a José quien, con los ojos enrojecidos, lamentaba haber despreciado a su madre y no haberla visitado. Juró que iba a hacer lo posible por ayudar a la gente necesitada de su pueblo.

Como él prometió, terminó el proyecto de la escuela y regresó a su casa muy deprimido, fue entonces cuando su esposa Karla le preguntó qué era lo que tenía y José soltó el llanto nuevamente. Él se lamentaba mucho y no le había platicado su historia a Karla. Cuando le contó no sabía qué decir, José estaba destrozado. Karla lo abrazó y le dijo que era una lección que la vida le daba y que se diera cuenta de que todos somos iguales y que no debía juzgar sin saber y, en cuanto a la promesa, le dijo que ella lo apoyaba y que lo amaba igual que a sus pequeños; que ella también iba a hacer lo posible por educar bien a sus menores junto a él, y que debía platicarles esa historia a ellos para que no fueran egoístas. También le dijo que lo ayudaría con lo de su promesa de apoyar a toda la gente que pudieran, y así lo hicieron.

José intentó buscar al señor Diego, pero éste acababa de morir, y se enteró de que toda su herencia era para él. José se sorprendió mucho, porque el señor había dejado una nota que decía que lo amaba y que supiera aprovechar todo lo que la vida le daba. Y hasta abajo había escrito: "El dinero no compra felicidad".

José estaba triste, pero también se alegró porque así podría ayudar a mucha gente con tan sólo platicar su historia, no sólo con el dinero que tenía.

Pasaron los días y ahora todos son muy felices gracias a que José aprendió la lección y porque supo que todo era amor de madre y que, por lo tanto, todos debemos valorar lo que nuestras madres hacen por nosotros, pues no hay mayor sacrificio que el que ellas hacen por darnos vida, aliento, esperanza, ilusión y felicidad.



JOSÉ DA UNA GRAN LECCIÓN

EVERARDO MARTÍNEZ VILLEGAS

Edad: **15 años** Grado: **3°** Grupo: **A**

Nombre de la escuela: **Adolfo Ruíz Cortines** Municipio: **Huauchinango**

Nombre del docente: **Valeriano Martínez Márquez**

En un lindo bosque, que estaba situado al norte de Huauchinango, se localizaba una bonita cabaña de madera; madera muy bien cortada y barnizada que le daba una esencia fresca al interior de la cabaña. En ella vivían unos ancianos ya cansados de los golpes que la vida les había dado, pero aun así ellos criaban a un joven muy amable, de éstos que ya casi no hay hoy en día. Este joven tenía el nombre de José, era muy educado, amable, respetuoso, caballeroso y humilde con todas las personas. Para él todos eran iguales, no hacía distinciones entre ricos y pobres porque finalmente eran humanos con defectos y él lo sabía. Ninguna persona es humana si no tiene defectos.

José creció en el bosque, se hizo amigo de los animales y de la naturaleza. Fue su maestra la que le enseñó todo lo que sabía. Ese bosque que era muy lindo, tenía de todo tipo de plantas y animales. José se sentía orgulloso por el lugar en el que creció y por quienes lo criaron. Sus abuelos ya estaban cansados y no podían ir al pueblo, pero también tenían miedo de que la crueldad de las personas contagiara al joven que educaron con mucho esfuerzo para que fuera un hombre de verdad. José podía contagiarse de la discriminación de las clases sociales, ya que en el pueblo abundaba la desigualdad, a pesar de que era un pueblo muy bonito que contaba con diversos lugares atractivos para el turismo.

El pueblo tenía una hermosa fuente, un jardín para niños pequeños. La plaza contaba con monumentos espectaculares y un museo histórico de la región. José había escuchado hablar de todo eso, pero nunca había entablado un diálogo con nadie más que no fueran sus abuelos,

así que no tenía la capacidad para socializar con los demás jóvenes de su edad.

Un día que a sus abuelos les hacía falta un medicamento, José tuvo que ir al pueblo a conseguirlo, ya que él era más veloz, pero nunca imaginó lo que ahí encontraría. Bajó a gran velocidad del bosque al pueblo y, al llegar a la primera calle de concreto, se asombró al ver lo que era y para qué era, al ver a las personas circular por la acera él también lo hizo, y así iba muy entusiasmado a la farmacia cuando se encontró con una señora que necesitaba ayuda con sus maletas que estaban muy pesadas. José, dispuesto siempre a ser un caballero, decidió ayudarle.

La señora estaba muy sorprendida, porque esas actitudes no se acostumbraban en el pueblo, ya que todos los jóvenes de ahí eran unos holgazanes y jamás se mostraban dispuestos a ayudar; los jóvenes creían que prestar ayuda era trabajo de sirvientes. En otras palabras, eran muy engreídos y trataban a los que venían de otros pueblos con desigualdad. Ese día sólo pudo recorrer esa parte del pueblo, porque sus abuelos necesitaban los medicamentos, y a la única persona que ayudó fue a la señora. Fue a la farmacia, compró lo que debía y se regresó a su casa en el bosque.

Al llegar, les contó a sus abuelos lo que había hecho y que estaba muy sorprendido de que los jóvenes de ahí no ayudaran a las personas, y de su forma de pensar. Sus abuelos le dijeron que el mundo estaba lleno de desigualdad y que si él no tenía cuidado se podía contagiar de ese tipo de actitudes. José les dijo que no se preocuparan porque él nunca cambiaría sus principios. Sus abuelos se alegraron al escuchar eso y se tomaron su medicamento.

Otro día, José, inquieto por ir al pueblo a conocer, les dijo a sus abuelos que ya había terminado todas las tareas de la casa y que si podía salir a dar una vuelta. Sus abuelos no sabían que él quería ir al pueblo y le dieron permiso. José se metió en su cuarto y se arregló con la mejor ropa que tenía; se puso sus mejores zapatos y salió de la cabaña. Bajó muy despacio del bosque para no ensuciarse y se fue creyendo que sus abuelos exageraban un poco con lo que decían del mundo, así que decidió no pensar en ello e ir muy contento al pueblo.

Al llegar, entró por el mismo lugar que la vez pasada. Iba muy emocionado y a cada persona que encontraba la saludaba de muy buena manera, pero eran pocas las que correspondían a su saludo. Así se fue caminando hasta que llegó al parque infantil. José se sorprendió de ver tantos niños jugando y creyó que todos pensaban igual que él, cuando escuchó que una mamá le decía a su hijo:

—¡Vámonos!

Entonces el niño le contestó con una grosería y pensó: “¿Será cierto lo que mis abuelos me dijeron? No lo creo, sólo son niños”. Así que decidió seguir adelante hacia el museo, pero antes pasó por los monumentos donde había unas chicas muy lindas de su misma edad. Él les quería hablar pero ellas se burlaron de cómo iba vestido y mejor se alejó apenado pensando que seguro llevaba algo que causaba risa.

Después de un rato de caminar, seguía decidido a llegar al museo y continuó en dirección al norte, porque no conocía el camino. Por suerte, el museo sí quedaba al norte e iba en la dirección correcta. Recorrió 450 metros hasta que por fin llegó; pensaba que era un lugar lleno de conocimiento, por lo que le habían contado sus abuelos.



En el museo se encontraba un grupo de cinco jóvenes de la edad de José, quienes le dijeron:

—¿Qué te pasó, indio, andas buscando el monte?

—Disculpen, yo vengo a aprender al museo —les contestó José.

El grupito se rio de él y le dijo:

—¿Aprender? Yo no sabía que los animales aprendían cosas ja, ja.

José, muy deprimido, se dio la media vuelta y se retiró de ese lugar dándose cuenta de que lo que le habían dicho sus abuelos era verdad.

Muy triste, se regresó a su casa y cuando llegó les contó todo a sus abuelos, quienes le dijeron:

—No te preocupes, lo que te hicieron esos jóvenes lo van a pagar y la vida se va a encargar de cobrarles, porque en el mundo todos somos iguales, todos morimos algún día y ellos no por ser ricos serán eternos.

Esas palabras lo reconfortaron y decidió seguir su vida sin tomar en cuenta lo que le habían dicho aquellos muchachos.

En otra ocasión que el joven bajó al pueblo se volvió a encontrar con el mismo grupo, claro que esta vez no le hizo caso a sus burlas y continuó su camino. José se había dado cuenta de que en ese lugar existía



la desigualdad, ya que a los campesinos y trabajadores se les trataba como animales. Se preguntó cómo podía acabar con eso y pensó lo siguiente: "Las personas que son más ricas que los campesinos se creen más que las que trabajan en el campo, pero apuesto a que las personas ricas no se han puesto a pensar qué pasaría si nosotros no trabajáramos en sus terrenos, sin nosotros no serían nada".

Lo que quería José era darles una lección de que todos somos iguales y que unos no son lo mismo sin los otros, así que decidió hablar con todos los campesinos del lugar, ya que eran los más humildes y trabajaban los terrenos de los ricos.

—No es justo cómo los tratan los más ricos de este pueblo, pues todos somos personas y somos humanos. Así que les propongo que dejemos de trabajar sus terrenos y que lo hagan ellos mismos, a ver si pueden.

Todos estuvieron de acuerdo pues no les parecía cómo los trataban y dejaron de trabajar. Poco a poco los ricos se fueron haciendo pobres al no recibir las ganancias, pues ellos no sabían cómo trabajar la tierra.

Los ricos se fueron a la quiebra y se dieron cuenta de que necesitaban a los trabajadores. Desde entonces las personas de ese pueblo empezaron a conocer más a José porque ya les había ayudado a que los trataran mejor y también se percataron de su forma de ser, de que era un caballero con las damas y muy respetuoso con todos. Los habitantes del pueblo adoptaron todas las costumbres de José y en poco tiempo se volvió más igualitario, tanto los ricos con los pobres como los pobres con los ricos. **Fin.**

UNA VERDAD INCREÍBLE

A. ANDREY RÍOS MARTÍNEZ

Edad: **13 años** Grado: **2°** Grupo: **F** Nombre de la escuela: **Escuela Secundaria "General Ignacio Zaragoza"** Municipio: **Xicotepec de Juárez**
Nombre del docente: **Gisela Luna Mendoza**

Hace algunos años, en un pueblo ya olvidado del estado de Hidalgo, cerca de Tulancingo, sucedió algo increíble. Juan Pérez, un niño de cinco años había ido a la feria que se celebraba en Tulancingo en honor a la Virgen de los Ángeles, acompañado de su padre, el señor Arturo Pérez. El señor Pérez era español y su esposa, la señora Angelita, era de un pueblo cercano a Tulancingo, rodeado de magueyes y nopales. Ellos vivían en la Ciudad de México, pero por esos días se encontraban de visita en la casa de los padres de la señora Angelita, porque su familia le había organizado una fiesta para festejar su cumpleaños que era el 2 de agosto.

En la feria, don Arturo empezó a beber pulque, mientras su hijo disfrutaba subiéndose a los juegos mecánicos y comía los ricos algodones de azúcar. Estaban tan entretenidos que no sintieron cómo se les fue el tiempo y cuando se dieron cuenta ya empezaba a oscurecer y la camioneta de pasajeros que iba para el pueblo en que vivían los abuelitos de Juan, ya se había ido.

Muy preocupado, don Arturo comprendió que tendrían que regresar caminando; tomó la mano de su pequeño hijo y emprendieron el camino de regreso al pueblo natal de su esposa. Caminando entre magueyes y a la luz de la luna llena empezaron a adentrarse en el campo solitario, solamente escuchaban algunos grillos que alegraban la noche.

Seguían caminando y no alcanzaban a ver las luces de las lámparas que alumbraban las casas de madera de aquel poblado, por lo que llegaron a una conclusión: ¡estaban perdidos! Ya era muy noche y tenían frío. Descansaron un momento sentados sobre una piedra y volvieron

a caminar entre los magueyes y los nopales. Cuando ya estaban más desesperados, vieron a lo lejos una gran mansión antigua, era de la época de la Colonia. Se acercaron y vieron que se trataba de una hacienda. El portón de madera era enorme, tenía tallada una F con detalles de oro que hacía que se viera aún más hermosa, y la hacienda estaba cercada por una barda de piedra pulida de casi dos metros de altura. Al acercarse más alcanzaron a escuchar una música parecida a la de Vivaldi. Se escuchaban también voces lejanas y risas, como si en el interior se estuviera realizando una fiesta.

Entonces Juan se acercó al portón y golpeó con la aldaba gritando al mismo tiempo:

—Buenas noches.

Pero nadie parecía escucharle. Don Arturo tocaba con más fuerza y nadie se aparecía para abrir aquel portón de madera. De pronto, don Arturo tuvo una gran idea: cargaría a su hijo Juanito para que se asomara a ver qué había del otro lado de la barda. Lo cargó y Juanito gritó asombrado:

—Las ventanas están cerradas y hay unas cortinas delgadas que dejan ver las siluetas de unas mujeres con enormes peinados que brindan con copas en las manos. Es una fiesta y por el ruido de la música y la plática no nos escuchan.

—¿Estás dispuesto a saltar para entrar en la casa y preguntar para dónde queda el pueblo que buscamos? —le preguntó don Arturo a su hijo, preocupado.

Juanito asintió con la cabeza y estaba a punto de saltar cuando escucharon el ruido de unos fierros que venían por el camino. Don Arturo bajó a su hijo de la barda y le dijo:

—Juan, ahí viene alguien que nos podrá indicar por dónde caminar para llegar al pueblo, ya no es necesario que entres en la hacienda.

Se pusieron muy atentos para ver quién era la persona que se acercaba empujando una carretilla y Juanito dijo muy contento:

—Es mi padrino Chinto.

Cabe mencionar que don Chinto era un albañil muy querido en aquel pueblo y que, por cierto, era padrino de bautizo de Juanito Pérez.

Al acercarse, don Arturo lo saludó muy feliz:

—Compadrito Chinto, buenas noches, qué bueno que lo encontramos. Fíjese que nos perdimos y no hallamos el camino para regresar al pueblo.

Juanito brincaba de gusto en medio de la noche diciendo:

—Querido padrino, ya me empezaba a dar miedo, pero que te veo y ya se me quitó. Vamos pronto a la casa —dijo alegremente, mientras tiritaba de frío.

Extrañamente, don Chinto no le contestó y siguió caminando y empujando su carretilla con la que salía a trabajar todos los días.

No caminaron mucho cuando vieron a lo lejos las casitas con una tenue luz adentro, la poca luz que dan los quinqués que utilizaban para alumbrarse en los lugares como ése en el que todavía no llegaba la energía eléctrica.

De pronto, no se dieron cuenta de que Chinto ya no estaba. Don Arturo le dijo a Juanito:

—Hijo, ¿no viste adónde se metió tu padrino?

—No, papá, no lo vi.

Como estaban tan cansados y con mucho frío, entraron y se acostaron a dormir.



A la mañana siguiente los despertó doña Angelita:

—¿A qué hora llegaron anoche? Nos cansamos de esperarlos y nos acostamos a dormir.

—Juanito y yo estábamos muy divertidos y se nos pasó muy rápido el tiempo. Cuando nos dimos cuenta, la camioneta ya se había ido, así que tuvimos que regresar caminando —dijo, mientras se metía un trozo de barbacoa que doña Angelita le había servido.

—Pero no debieron tardar tanto en volver, después de todo, el pueblo no queda muy lejos —respondió doña Angelita tomando asiento.

—Lo que pasa es que como era de noche no vimos el camino y nos perdimos. Caminamos por horas, pero nos cansamos y nos sentamos en una piedra. Cuando nos recuperamos un poco del cansancio que teníamos vimos una hacienda; era muy hermosa, es igual a la que tú y yo siempre quisimos. Nos acercamos y comenzamos a golpear la puerta y la aldaba, pero nadie nos abría, así que cargué a Juanito en mis hombros y me dijo que dentro de la hacienda había una fiesta de gente rica, ya sabes, de esos hacendados, pero por la música no nos escucharon. Le pedí a Juanito que se brincara la barda y él estaba a punto de hacerlo cuando escuchamos el ruido de unos metales, era don Chinto, y le pedimos que nos trajera al pueblo. Él sólo siguió caminando. Cuando llegamos nos distrajimos y cuando nos dimos cuenta ya no estaba. Ahora que me acuerdo le voy a ir a dar las gracias. Pon en un plato un trozo grande de barbacoa porque sin don Chinto tal vez no habríamos podido regresar.

Doña Angelita, doña Engracia y don Lauro, los abuelos de Juanito se le quedaron mirando raro.

—Dime la verdad, Arturo —ante las palabras de su mujer don Arturo frunció el ceño y dijo:

—Si ésa no es más que la pura verdad, mujer.

—Es cierto, mamita, yo lo vi con mis propios ojos.

—Eso no puede ser cierto, porque por aquí no hay ninguna hacienda, al menos que yo recuerde. Mamá, ¿tú sabes de alguna hacienda cerca de aquí?

Doña Eugenia soltó una carcajada, lo que confundió más aún a los presentes.

—La Hacienda que ha habido por aquí ya no existe, hace muchos años que nadie vive ahí, desde que tengo memoria, al menos. Por lo que sé el descuido propició el colapso meses antes de que Angelita naciera.

—Pero es cierto, mi padrino Chinto nos ayudó a regresar. Pregúntale a él, él nunca te mentiría.

—¿Don Chinto? El pobre hombre falleció de cáncer en los huesos, hoy es su novenario. El pobre fue a trabajar hasta el último día, se desplomó cuando estaba poniendo la loza de la futura casa de don Braulio. Aunque hubiera sobrevivido al cáncer, la caída lo mató.

Luego de lo que dijo doña Engracia nadie agregó nada más. Al terminar de desayunar, don Arturo le hizo señas a Juanito para que lo siguiera. Una vez fuera de la casa, comenzaron a caminar hasta donde ellos recordaban haber llegado. Estaban a punto de rendirse cuando vieron el camino de magueyes que habían visto la noche anterior. Siguieron caminando, pero pararon cuando vieron que la hermosa hacienda que habían encontrado hace algunas horas, había desaparecido, no quedaba ni la sombra de lo que había sido. Don Arturo miró a su hijo y colocó una mano sobre su hombro.

—Hijo, tú y yo siempre sabremos que lo que vimos anoche fue real. Tú y yo vimos a don Chinto, ni siquiera yo sé el porqué, pero por algo pasó. Tal vez si entrabas en esa casa te hubiera ocurrido algo malo. Don Chinto te quería como si fueras de su familia, él nunca hubiera dejado que nada te pasara. Él te salvó, me salvó a mí y a tu madre de sufrir un gran dolor. Pero lo que pasó fue real y mientras tú sepas que lo que dices es cierto, no tienes nada que temer.

Lo que vieron don Arturo y Juanito fue real, aunque nadie les haya creído, pues mientras ellos sepan que lo vieron y dijeron a su familia que así fue, no importa lo que digan los demás. Existen personas que dicen que pueden ver a las almas en pena que habitan en nuestro mundo, pero solamente ellos sabrán si lo que dicen es cierto o una simple mentira, y por más difícil que parezca, la verdad saldrá a la luz. Hay deshonestidad con uno mismo si se dice algo que no es cierto. La honestidad es actuar sinceramente independientemente de que nos vean o no.

EL HOMBRE Y EL COYOTE

OSBALDO SÁNCHEZ CARRERA

Edad: **13 años** Grado: **2°** Grupo: **A** Nombre de la escuela: **Escuela Secundaria "Rincón de Sompantle"** Municipio: **Tlacotepec de Benito Juárez** Nombre del docente: **Selena Villanueva Varillas**

Hace mucho tiempo, un señor vivía solo, sin familia, en una choza de palmas y cucharillas. Un día por la mañana tomó su escopeta y se dirigió al cerro. Estando allá escuchó un ruido muy extraño que no había escuchado antes. Sintió miedo y se detuvo para ver quién era el que hacía aquel ruido. Esperaba atajando a sus chivos, pensaba que sería una persona o algún animal, pero lo que vio fue a un animal de hermoso pelaje y con una mirada profunda y ojos claros, y creyó que era un lobo, pero el animal volvió a aullar y fue cuando se dio cuenta de que no era un lobo sino un coyote.

—¿Por qué me quiere matar? —preguntó el coyote con voz tranquila.

—Porque si no te mato me harás daño y te comerás mis chivos —respondió el hombre.

—Yo nada más como animalitos que ya estén muertitos —dijo el coyote—. ¿Quién sabe si eres tú el que me quiere matar y comer?

—No, yo sólo como los animales que he domesticado en mi casa, los que he criado —aseguró el hombre.

Entre el hombre y el coyote surgió una amistad muy noble, se saludaron el corazón y cada uno siguió su camino.

Después, el señor se fue a su casa a encerrar a sus chivos, y al día siguiente volvió a llevar a los chivos al cerro. A lo lejos vio a un hermoso venado y lo siguió, quería matarlo, pero el venado fue muy veloz y se perdió entre los matorrales. El señor corrió y corrió para poder alcanzar al venado, hasta que se resbaló y cayó a un barranco. El coyote se acercó, él estaba mirando desde lejos todo lo que había pasado; bajó hasta el fondo del barranco, vio que el señor estaba muy grave y le dijo:

—Amigo mío, te dije que no causarás daño a los animalitos del cerro, porque te irá mal. A nosotros nos cuida la madre naturaleza. Espero que hayas aprendido la lección. No te preocupes, yo te ayudaré.

El coyote se sentó a un lado y comenzó a aullar más claro y fuerte que nunca, su aullido era como un llanto. Poco a poco se fueron acercando todos los animalitos: conejos, hormiguitas, víboras... Entonces el coyote les dijo a los animales:

—Los he llamado porque necesito de ustedes para ayudar a mi amigo el humano. Se equivocó y éstas son las consecuencias que sus actos provocaron, pero debemos perdonar y ser solidarios con él, él nos necesita.

Todos los animalitos estuvieron de acuerdo y se fueron a buscar el remedio para sanarlo. Cuando regresaron traían raíces, hojitas, agua, y prepararon una mezcla y se la echaron al señor, quien estuvo muy agradecido por la ayuda que le ofrecieron y se dio cuenta de que la amistad sincera sí existe, el coyote se lo demostró al perdonarlo y ayudarlo. Él le dio un fuerte abrazo al coyote y todos vivieron en armonía.





se imprimió en el mes de octubre de 2018,
por encargo de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, en
los talleres de Lyon A.G., S.A de C.V., con domicilio en Hierro Número
5. Col. Esfuerzo Nacional, Ecatepec Morelos, C.P.55320, Estado de
México, El tiraje fue de 50,000 ejemplares.

Para su composición se utilizó
la tipografía Glacial Indifference.